

UN HORIZONTE PARA LA IZQUIERDA

Jorge Arrate

Santiago de Chile 2010

INDICE

Presentación: una izquierda que crezca y se multiplique	3
Nuevos tiempos políticos	5
Arrate: “Gobierno de Piñera será plataforma de negocios”	18
La irrupción de la izquierda	25
Consolidar más izquierda	27

Este folleto fue impreso en el mes de octubre de 2010
en la imprenta CABURGA.

Una izquierda que crezca y se multiplique

“El lunes 14 los que estamos aquí vamos a seguir juntos, vamos a dialogar y debatir cómo seguiremos expandiendo estas fuerzas”, dije en el discurso de cierre de la campaña presidencial, en diciembre de 2009 en la Plaza de Armas de Santiago.

En los meses transcurridos desde entonces hemos cumplido. Estamos juntos y estamos dialogando y debatiendo sobre el futuro de la izquierda. Los dos partidos inscritos que participaron en nuestra campaña en 2009, el Partido Comunista y la Izquierda Cristiana, constituyentes principales del Juntos Podemos, cursan sus respectivos Congresos. Otras fuerzas como el Movimiento Nueva Izquierda culminaron el suyo, los socialistas allendistas se aprestan a constituir una organización nacional, el Frente Amplio continúa vigente como una coordinación, surge un referente de independientes que busca construir puentes de entendimiento, Por Más Izquierda. El Partido Igualdad considera su inscripción legal y establece una coordinación con el Partido de Izquierda y otros grupos. En diversos lugares de Chile emergen organizaciones locales que intentan agrupar a la izquierda, como Comunidad de Izquierda en Macul, Caliche XXI en Antofagasta, entre otras. Movimientos y organizaciones sociales de diversa naturaleza también buscan compartir horizontes de trabajo y lucha en los marcos de una izquierda más poderosa.

Las posturas que emergen no son idénticas. Es necesario enfrentar las diferencias con espíritu abierto y fraternidad. No hay que olvidar que muchos ciudadanos no participaron en las elecciones de 2009 o no apoyaron mi candidatura y, sin embargo, buscan un lugar de lucha.

Es evidente que lograr acuerdos con todos aquellos que se reclaman de izquierda está fuera de las posibilidades. Pero también es claro que es posible ensanchar el tronco principal de la izquierda con nuevas energías de sectores que se sitúan en el área denominada “autónoma”, fuerzas que si bien no coincidieron electoralmente en 2009 pudieran estar dispuestas a participar en un referente mayor, como segmentos del Movimiento Amplio Social (MAS) o como el Partido Humanista (PH), y sectores, fuerzas o personas de izquierda que sufragaron por las candidaturas de matriz concertacionista de Eduardo Frei o Marco Enríquez-Ominami.

Los cuatro textos que se presentan a continuación configuran mi posición en este debate. Fueron publicados en medios digitales desde febrero hasta agosto de 2010. La esencia es que la tarea prioritaria es reforzar la izquierda social y política, convertirla en actor más poderoso, que pueda ser protagónico. La opción de constituir ahora una alianza con sectores de centro desperfila a la izquierda y la contamina innecesariamente con la insistencia en formas de política que han caído en el desprestigio, limita su futuro. La obliga, por otra parte, a sustituir su Programa, aprobado por la Asamblea de Izquierda, por plataformas parciales que, si bien pueden servir para generar acuerdos específicos, no son suficientes para constituir alianzas de larga perspectiva. Nuestro mayor aporte para cambiar Chile es constituir una izquierda más fuerte. Un Chile con una izquierda potente, influyente, que incida, que se movilice sin cesar, sería otro Chile.

Jorge Arrate

Septiembre de 2010

Nuevos tiempos políticos

Carta a los adherentes, votantes y simpatizantes de mi candidatura en la primera vuelta presidencial *

Santiago, 19 de febrero de 2010.

Compañeras y compañeros, amigas y amigos:
El triunfo de la derecha en la elección presidencial es un retroceso de las perspectivas democratizadoras que hemos impulsado. No obstante, en nuestro caso, los resultados de la primera vuelta fueron un avance. Por primera vez en 37 años habrá en la Cámara tres diputados comunistas -tres diputados de la izquierda- electos con altas votaciones. Aunque desde luego aspirábamos a una mayor adhesión electoral, en la elección presidencial alcanzamos el más alto porcentaje obtenido por una candidatura de izquierda desde 1970. Lo conseguimos a pesar de ostensibles desventajas: para elegir parlamentarios en el sistema binominal debimos concentrar nuestra fuerza, no postular candidatos a senadores e inscribir sólo 12 candidatos a diputados de las propias filas. Nuestros adversarios nos superaron en gasto total declarado por 9, 15 y 31 veces. Tuvimos que prevalecer sobre varias tentativas de horadar nuestros apoyos y

liquidar nuestra opción. Los espacios que la prensa escrita, radial y televisiva entregó a las demás candidaturas fueron, según todas las mediciones, muy superiores a los asignados a la nuestra.

Desde el punto de vista cualitativo, la campaña movilizó a numerosos jóvenes que se aproximaron a nuestras organizaciones para participar o iniciar su vida política. Candidatas y candidatos identificados con nuestras ideas vencieron en la mayoría de las elecciones universitarias realizadas en 2009. Ofrecimos a la ciudadanía, una vez más, el ejemplo de las múltiples acciones y jornadas voluntarias emprendidas por ustedes sin más estímulo que el deseo de luchar por sus ideales. El Juntos Podemos y la estructura nacional de sus organizaciones, el Partido Comunista y la Izquierda Cristiana, el Frente Amplio con sus componentes en desarrollo, e innumerables dirigentes sociales, barriales, sindicales, de la cultura, y muchos independientes, se movilizaron con mística y entusiasmo, dignificaron la política y reafirmaron valores y principios. Nuestra propaganda fue la más austera y hermosamente artesanal, y nuestra franja televisiva la más original y de más alto nivel cultural. Hicimos visible la idea de una sociedad distinta, de otro modo de convivir, de un país regido por criterios de igualdad y de libertad y no por el imperio del mero cálculo económico. Nuestro mensaje programático fue poderoso y estremeció la pauta de debate impuesta por los medios de comunicación controlados por la derecha. El resultado fue una convergencia de mucha potencialidad entre las concepciones de avanzada social y el inconformismo popular, que va más allá de las opciones de

voto, muchas de ellas determinadas por la idea del voto útil u otros cálculos similares. Nuestro discurso político sin dobleces evidenció que no es concebible cambiar Chile sin izquierda o con una izquierda acallada, porque sólo nosotros asumimos explícitamente las aspiraciones populares y nos atrevemos a colocar en discusión los temas que los demás evitan u ocultan. Si no hubiésemos levantado un programa propio y una candidatura, ninguno de los otros presidenciables habría considerado reemplazar la actual Constitución y nadie hubiera propuesto una Asamblea Constituyente para permitir la expresión de la soberanía popular, ni sustentado con ímpetu los derechos históricos de los pueblos originarios, ni la justicia plena en materia de derechos humanos, ni tampoco la recuperación del cobre para Chile y los chilenos. Nadie hubiera subrayado la centralidad de los profesores en la educación, el imperativo de terminar con la municipalización de escuelas y liceos, la necesidad de un trato digno para las universidades públicas y de avanzar hacia un sistema nacional de educación pública gratuito que signifique un ataque frontal a la desigualdades. Ningún otro programa planteó, sin vacilaciones, la cuestión de género y el reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos de la mujer, ni propuso una concepción en que desarrollo y protección del medio ambiente fueran parte de una misma ineludible ecuación, ni demandó una legislación laboral que proteja efectivamente a los trabajadores. Ninguno como el nuestro se pronunció de manera terminante contra todas las formas de discriminación, entre ellas la fundada en la libre opción sexual de las personas.

Siempre llamamos las cosas por su nombre. Sabemos que la renuncia a las identidades comienza por el lenguaje: olvidar el nombre de las cosas, rebautizarlas según hacia dónde sopla el viento, llamar gobierno militar a la dictadura, pronunciamiento al golpe de estado, democracia a la democracia incompleta, excesos a las violaciones de los derechos humanos, equidad a la justicia social, imperio de la ley a la represión policial desmedida, flexibilidad laboral al despido arbitrario, libre mercado a la concentración oligopólica, interés máximo convencional a la usura legalizada, progresismo a una visión impregnada de escepticismo sobre las posibilidades de luchar por cambios más profundos.

Son bien evidentes las insuficiencias de la tarea que juntos realizamos. Entre ellas, subrayo dos: primero, no estuvieron en nuestra campaña todos los que comparten o se aproximan a la visión de sociedad que propiciamos. Debemos ser persistentes para abrir espacios y tender puentes que nos acerquen a todos los socialistas fieles al legado allendista, a ex militantes antidictatoriales hoy dispersos o pasivos, a compañeras y compañeros que desconfían de la lógica partidista, de la participación electoral o de los entendimientos con fuerzas de centro, pero que tienen con nosotros amplias coincidencias programáticas. Segundo, no conseguimos movilizar a más de un 40% de ciudadanos excluidos o autoexcluidos de formular su opinión a través del voto, en particular jóvenes que no han querido hasta ahora tomar partido en las contiendas electorales. Con muchos de ellos compartimos el rechazo al modelo político y económico vigente y un horizonte de más libertad e igualdad.

Un mes antes de la elección formulamos una invitación a Frei y Enríquez, de cara al país, durante el último debate televisivo: la idea era impedir que ganara la derecha y hacer pública una común disposición a apoyar en el balotaje a aquel de los tres que obtuviera un voto más, sin otra condición que la reciprocidad y algunos acuerdos básicos. Nos parecía crucial, en ese momento, hacer sentir a los electores que Piñera no podría superar la barrera de una voluntad común de las tres postulaciones que no eran de derecha. Sin embargo, Frei y Enríquez evadieron una respuesta oportuna o expresaron objeciones. Durante la campaña, Enríquez generó un espacio de ambigüedad favorable a Sebastián Piñera, como expresé en presencia de ambos aludidos, ambigüedad que los medios de comunicación de derecha se encargaron de alimentar y sostener sin pudor alguno. Frei, mal asesorado, enfrentó con manifiesta debilidad la ofensiva de Enríquez, sin poner en evidencia los equívocos del discurso de su contendor ni hacerse cargo frontalmente de sus imputaciones. El interés de muchos concertacionistas por capturar a cualquier precio los votos de Enríquez para asegurar su sillón parlamentario y un mal cálculo sobre la segunda vuelta, inhibieron una adecuada respuesta de Frei y de sus candidatos a los ásperos ataques de que fue objeto. Así, la ya erosionada identidad de la Concertación se diluyó aún más, víctima de la descalificación sin respuesta dirigida contra su líder. En la segunda vuelta, la definición mayoritaria de las fuerzas que apoyaron nuestra candidatura fue aceptar la propuesta de 12 puntos a la que se comprometió unilateralmente y por escrito el comando

de Frei y votar por él. Esos 12 puntos debieran, si los concertacionistas fueran coherentes, constituir una base mínima para la actuación de sus parlamentarios y los de izquierda en el próximo período. Algunos de los nuestros estimaron insuficiente la propuesta de 12 puntos, pero aún así no se hicieron parte de la convocatoria a votar nulo que otros sectores formularon.

Compañeras y compañeros:

El gobierno de Piñera representa el punto más alto de fusión entre dinero y política. Hoy la derecha suma al poder económico, comunicacional y gubernamental, buena parte del Congreso y de los municipios, poderosas universidades, colegios y escuelas, instituciones de salud y seguridad social privadas, o sea una concentración de facultades desconocida en Chile, salvo durante los diecisiete años de dictadura pinochetista.

Es una imperiosa necesidad de la justicia social abocar nuestra energía a reconfigurar un actor poderoso e influyente, capaz de comprometer a la ciudadanía en las luchas populares, a incidir en los movimientos sociales, en las políticas públicas, en el Congreso, en el indispensable debate político-cultural. Si no lo logramos, todo cambio profundo que contravenga las bases del actual modelo será postergado o terminará en una simple corrección destinada a sostenerlo.

La opinión pública es ahora convocada a nuevos juegos retóricos como la llamada oposición constructiva y el denominado gobierno de unidad nacional. La verdad es otra: el modelo será profundizado por los nuevos gobernantes para reafirmar el lucro como el

motor de todos los ámbitos de la existencia, disminuir el sentido y significado de lo público, lo colectivo, lo comunitario, e intensificar el uso de los instrumentos represivos del Estado y de los mecanismos de disciplinamiento social. Entre estos últimos destacan la precarización del empleo y la desprotección del trabajo y el perverso e interminable circuito del endeudamiento y la transferencia de los colosales intereses a los capitales financieros concentrados. En la práctica, la oposición constructiva será el nuevo nombre de la complicidad con el modelo y del acomodo de parte de la Concertación a una circunstancia en que el ejercicio de la política será mucho más abiertamente funcional a la gran economía privada. Gobierno de unidad nacional será la manera de llamar un supuesto afán de incluir que sirva de cobertura al viejo e irrenunciable afán de excluir que ha caracterizado históricamente a la derecha.

La cohabitación binominal entre los partidos de la Concertación y la derecha no se romperá mientras la izquierda no se desarrolle más y genere magnetismo y fuerza suficiente. Bajo un gobierno de derecha el terreno de batalla política y social es más desnivelado que frente a un gobierno de centro, como hubiera sido el de Frei. Por eso la construcción de una izquierda plena, heterogénea, crítica, futurista, y con capacidad de aliarse es una tarea más compleja, pero también más imperiosa.

Amigas y amigos:

En la primera vuelta emergieron dos posturas directamente competitivas con la nuestra, ambas de matriz concertacionista. Una, el progresismo que,

gracias a su singular plasticidad, ha sido incluso reivindicado conceptualmente por Piñera y dirigentes de la UDI. Esta reivindicación de la derecha se agrega a un proceso de desfiguración o vaciamiento que ha sufrido el término progresismo, hoy invadido en todo el mundo por concepciones social liberales. La Concertación se ha ido acercando cada vez más a este punto de vista. Este hecho obliga muy particularmente al Partido Socialista -aunque no sólo a él- a enfrentar un tiempo de dilucidaciones en el que deberá definirse progresista o retomar su identidad de izquierda.

El progresismo liberal, definición no única pero principal que Enríquez adoptó durante la campaña, se convirtió en el manto de la segunda postura abiertamente competitiva con la nuestra: el transversalismo, una variante de los movimientos de amplio espectro en que conviven sectores de pensamiento de avanzada social con segmentos de impronta neoliberal. El transversalismo, teorizado y promovido expresamente por Enríquez y sus directivos, constituyó un espacio promiscuo, agresivo con la izquierda, a la que descalificó y atacó duramente, que logró captar, con un discurso atrevido, en constante deslizamiento en una y otra dirección, parte significativa del descontento frente a la binominalización del país y a la actuación de los partidos. Hábilmente la derecha lo convirtió en un dispositivo para golpear a la Concertación, frenar la emergencia de una izquierda más vigorosa y, en último término, facilitar la elección de Piñera. Para nosotros no era sencillo enfrentar este desafío. Por una parte, por las limitaciones materiales. Por otra, porque la decisión de proponer al país

un programa posible pero radicalmente reformador no se conjugaba con la disputa del voto fácil, aquel al que importa más la resonancia que el contenido. De este modo hubo personas de pensamiento de izquierda que quedaron atrapadas por la atracción mediática del transversalismo. Pero, especialmente, faltaron puentes entre el mundo orgánico y aquel de ánimo más receloso y distante de los procesos electorales y de los partidos. No tuvimos una plataforma común más desarrollada, más allá de los esfuerzos valiosos realizados por años por el Juntos Podemos, que permitiera consolidar lazos con los segmentos más desintegrados del sistema político. En todo caso, cualquiera sea la frontera que se establezca entre los progresistas y los transversalistas, ambas opciones ni sustituyen ni representan a la izquierda actual ni a aquella más amplia que pudiéramos configurar. El progresismo es una opción ciertamente legítima, si bien distinta a la nuestra. Será, en todo caso, una corriente con la cual podríamos eventualmente pactar o coaligarnos, según determinen las circunstancias, pero desde una posición definida y clara.

¿Qué hacer para construir esta izquierda actualizada? Para dar un primer paso es deseable generar acuerdos sobre ideas básicas y modos de impulsarlas y desechar toda pretensión a concordancias totales. Una gran asamblea nacional convocada con amplitud podría debatir esta materia. Habrá entre nosotros, pienso, componentes orgullosos de su larga historia, indispensables por su convicción y su demostrada capacidad de sobrevivir a ataques mortales y continuar proyectándose, y también sectores

emergentes, con identidades en recuperación o en desarrollo. Pero, si nos trabamos en una disputa entre quienes postulan ignorar la fuerza de la izquierda clásica donde se ubican socialistas, comunistas y cristianos de avanzada, y quienes no se identifican con esas vertientes históricas, no llegaremos lejos. El pasado, sin duda, no es un modelo de futuro, el futuro es un proceso siempre en construcción. No se puede construir futuro ignorando la propia historia, pero el campo de batalla no es el pasado sino el porvenir. No es esta una banal cuestión de generaciones, es un asunto sobre el modo de construcción de fuerza, que requiere de un curso constante de acumulaciones.

Las opciones organizativas deberán ser múltiples. Es deseable que convivan fructíferamente, desde el partido formal, pasando por el instrumental, las entidades de naturaleza social o cultural, los organismos existentes de hecho, los medios de comunicación de raigambre popular, hasta los individuos que quieran participar como tales. Sin duda la izquierda requiere ser política y social, reforzar las organizaciones existentes e impulsar el surgimiento de otras y respetar sus grados de autonomía derivados de su quehacer específico. Para convivir en la diversidad, la izquierda deberá ser una fuerza, un vector, una liga, un encuentro, un frente, un movimiento, como quiera llamársele, que agrupe a los organizados, ofrezca un cauce a los dispersos y despierte a los dormidos. En los tiempos que vienen las cuestiones que juntos levantamos el 2009 no perderán vigencia. Que el pueblo soberano se exprese en una Constituyente y elabore una Constitución democrática seguirá

siendo un imperativo. Lo será también no sólo evitar la privatización de CODELCO sino desarrollar una ofensiva para crear un movimiento nacional por la recuperación del cobre para los chilenos. La anulación de la ley de amnistía de 1978 deberá ahora contar con nuevos adeptos si los partidos de la Concertación cumplen con los 12 compromisos que asumieron para la segunda vuelta. La idea del salario mínimo ético y nuestra propuesta para establecerlo gradualmente continuará siendo un desafío. En fin, será preciso, en torno a nuestros grandes anhelos, llevar a la práctica el programa, que también recoge los graves problemas que la mayoría de los ciudadanos padece en su vida diaria. Hace falta organizar luchas sectoriales, precisas y focalizadas, que signifiquen nuevos espacios eficaces de participación y movilización social.

Pienso que la izquierda debe concebirse como una nunca terminada síntesis entre lo clásico y lo nuevo, proponerse cultivar las esferas de lo político, lo social y lo cultural con igual energía, agitar sus grandes banderas transformadoras y, al mismo tiempo, ocupar los microespacios de la vida cotidiana. Es decir, ser movimiento, o frente, ser partido y sindicato, ser junta de vecinos y centro cultural, ser militante y ser adherente, ser afiliado a un partido y ser independiente, ser asociación de consumidores, ONG ecológica, centro de estudios o escuela de formación ciudadana.

Amigas, amigos, compañeras, compañeros:
Sinceramente no puedo afirmar con certeza que podamos realizar un proyecto unitario y superador de

esa amplitud y pretensión en tiempos relativamente breves. Entiendo que con motivo de la reciente campaña he acumulado temporalmente un patrimonio político que no me pertenece en exclusiva y que corresponde al esfuerzo de todos aquellos que me apoyaron. Por eso siento el deber y, al mismo tiempo, tengo la aspiración de contribuir a que ese proyecto común se desarrolle. Deseo hacerlo desde una condición que, al menos por el tiempo previsible, será la de un ciudadano sin afiliación partidaria. No aspiro a cargos de dirección política ni a candidaturas. Estaré disponible para la tarea indicada, en la medida de mis propias posibilidades y definiciones personales. Algunos me han dicho en las últimas semanas que debemos prepararnos para derrotar a la derecha dentro de cuatro años. Siempre estaré listo para participar en una tarea con esa convocatoria. Sin embargo, creo que será imposible lograrlo si ese es el objetivo único que nos proponemos porque, si bien atractivo, es insuficiente. Desplazar a la derecha requiere nuevos actores y otro proyecto, no uno parecido al que sustenta la propia derecha. Derrotar a la derecha dentro de cuatro años no puede ser un juego de alternancia y de nueva consagración del sistema político imperante. Una Concertación erosionada que se acomode ahora a ser la oposición, más constructiva o menos constructiva, dentro del viscoso escenario de la cohabitación binominal, carece, como lo señalé hace mucho tiempo, de capacidad política y creadora para construir nuevos tiempos. Ni la cosmética ni el rejuvenecimiento de rostros podrán sustituir la renovación de padrones partidarios explotados hasta la saciedad por las respectivas cúpulas, la auto-

crítica a fondo, fundada y verdadera, y una visión de futuro que no siga pagando un costoso diezmo a la autocomplacencia, a los militantes lobistas, a los operadores que negocian todo con todos, a las múltiples redes transversales que tejen un poder que pareciera impermeable a los resultados electorales. Los indispensables cambios que auguro que ocurran, serán un proceso. Llevarán más o menos tiempo según nuestro empeño y vocación unitaria. Sí, habrá que unir fuerzas para derrotar a la derecha. Pero sólo una izquierda recargada en sus perspectivas e integrantes podrá garantizar que vivamos efectivamente nuevos tiempos y no la repetición de un ciclo con los mismos actores y el mismo paisaje. No habrá victoria sobre la derecha sin una izquierda orgullosa de sí misma, diversa, imaginativa y creadora, que proponga un futuro más libre e igualitario y ennoblezca la política.

Fraternalmente,
Jorge Arrate Mac Niven

*Texto reproducido en revista *Punto Final* del 19 de Febrero de 2010 y en los medios digitales *Fortín Mapocho*, *Portal del Socialismo*, *Crónica Digital*, *Movimiento Generación 80*, *El Ciudadano*, *El Clarín* y *Anarkismo*, entre otros.

Arrate: “Gobierno de Piñera será plataforma de negocios”

Por Hugo Guzmán *

Quien fuera candidato presidencial del Juntos Podemos-Frente Amplio indicó que el triunfo electoral de RN y la UDI fue la “culminación del peso imbatible del dinero en la política”, y sostuvo que el equipo del Presidente electo “es un gabinete peloláis”. Anunció trabajo para “reconfigurar” un referente de “una izquierda actual y potente”.

Jorge Arrate, el ex ministro y ex candidato presidencial del Juntos Podemos-Frente Amplio, está de visita en México junto a su esposa, la escritora Diamela Eltit. Antes de partir dio su primera entrevista después de la elección presidencial y anuncia que morirá “con las botas puestas”, es decir, seguirá activo en política, tratando de construir un referente de la izquierda en el país y haciendo oposición al gobierno de Sebastián Piñera.

-¿Cómo tomó el triunfo presidencial de la derecha?

-Con dolor, porque es un momento que marca un nuevo ciclo que significa un retroceso en las perspectivas democratizadoras del país.

-¿Habrá un congelamiento en las iniciativas democratizadoras?

-Yo creo que habrá un retroceso en el sentido de que no se avanzará en la ruptura, en la modificación de

este sistema político que requiere de cambios. Esa perspectiva se aleja con la derecha en el gobierno y con una inusitada concentración del poder político, comunicacional, económico, cultural, educacional. Es la culminación del peso imbatible del dinero en la política.

-¿El gabinete del Presidente electo?

-Es un gabinete peloláis. Es impresionante. Refleja ciertos desplazamientos que han ocurrido en el país. Diecisiete ministros estudiaron en la UC, casi todos salieron a estudiar a Estados Unidos. Para la derecha el gobierno es un dispositivo funcional a la existencia social del mercado, es un gabinete subalterno del mercado.

-¿Qué le pareció el llamado de Piñera a un acuerdo nacional y revivir la política de los acuerdos?

-Son juegos retóricos destinados a ocultar un hecho indesmentible: que el gobierno de Piñera va a profundizar el lucro como el motor esencial del desarrollo de la sociedad. Va a tratar de consagrar un régimen político que impida los cambios en serio.

-Se dice que no hará mucha modificación de lo que hay.

-Piñera va a fortalecer una sociedad mercantilista, que es el modelo contra el que hemos luchado. El gobierno va a ser una gran plataforma puesta en función de los negocios y, por lo tanto, el resultado del próximo gobierno será ensanchar las desigualdades en vez de reducirlas.

-Hay gente de la Concertación que dice “el gobierno de Piñera no va a ser tan malo”.

-No me sorprende. Hay amplios sectores de la Concertación que se están acomodando al rol de una

oposición en un régimen de alternancia en el que, cualquiera sea el que gane, lo esencial se mantiene incólume.

-¿Oposición constructiva u oposición de confrontación?

-Oposición al modelo económico y político y, por tanto, oposición al gobierno de Piñera.

-¿Radicalización?

-La izquierda primero tiene que reconfigurarse a sí misma, construyendo más izquierda, y jugarse a fondo en su desarrollo político y en el mundo social: estudiantil, sindical, organizaciones barriales. Hay que repoblar el país de organizaciones activas.

-¿Encontrará Piñera oposición más fuerte de sectores sociales que partidos políticos?

-Es probable. Aunque sospecho que habrá un momento en que Piñera va a tener gestos condescendientes. No me extrañaría que haga cosas que Bachelet no quiso hacer. Negociar la deuda histórica con los profesores, suprimir el descuento del 7% de salud.

-Sacaron el 6% en la presidencial, los comunistas tienen tres diputados, ¿qué hará la izquierda en el corto plazo?

-La contribución que yo quiero hacer al tiempo que viene es tratar de reconfigurar una izquierda más amplia, más diversa, más potente, más crítica, que tendrá que conciliar con los componentes históricos. Hay que conciliar la izquierda histórica con las izquierdas emergentes, distintas. Esto es distinto al progresismo. Me parece legítimo el proyecto progresista, pero no es el que me identifica. Quizá será el aliado natural de la izquierda, pero las cosas

hay que hacerlas desde el casillero que uno quiere ocupar. Me parece buena idea hacer una asamblea nacional de izquierda pero con un arco amplio de convocantes.

-En años pasados terminaba la campaña y la izquierda se replegaba. ¿Ahora hay la idea de prolongar lo que se hizo y constituir, por ejemplo, un referente?

-Creo que sí. Es una voluntad que expresamos todos desde que comenzó la campaña presidencial. Dijimos que después de la elección seguiríamos juntos en un proyecto de reconfiguración de la izquierda, más actual y más potente. Está la voluntad de los partidos, del candidato, de la gente. Esto tiene obstáculos, la izquierda es puntillosa y desconfiada de sí misma. No será fácil. Pero tengo la convicción de que tendremos en los próximos meses un referente más amplio que recoja todo lo que se ha construido, que integre nuevos sectores, que pueda enfrentar las elecciones municipales. Tenemos que aspirar a elegir alcaldes y un gran número de concejales. Vamos a mostrar fuerza en el mundo estudiantil, en el mundo sindical, vamos a retomar despliegue a nivel territorial, vamos a tener tres parlamentarios que serán muy útiles y vamos a tener una masa de jóvenes que viene de vuelta del rechazo a la política. Siento que hay una generación y otra que viene, que tiene otra aproximación a la política y que restablece una necesidad de identificarse políticamente. Tenemos que abrir espacios no tradicionales de participación, un nuevo tipo de adhesión. Hay que abrir formas más horizontales. Si vamos a repetir lo que hizo mi generación, no será atractivo.

-¿Aspiran a convocar al sector electoral concertacionista?

-Claro que sí. En la elección hubo gente del mundo concertacionista que hasta el final vaciló entre nosotros y el voto por la Concertación. En definitiva, lo que llevó a un segmento a votar por la Concertación fue, paradójicamente, la campaña en contra que nos hizo Marco Enríquez-Ominami. También hay gente que votó por él que es gente de izquierda y que puede reencontrar un espacio en un nuevo referente más amplio y denso.

-Se observa una hegemonía del Partido Comunista en la izquierda. Hay grupos a los que eso no les gusta.

-El PC es un componente fundamental de la izquierda, que existe, que fue capaz de subsistir 37 años desde que comenzó la dictadura, y creo que a veces la propia impotencia de algunos sectores tiende a ser encubierta con críticas al PC. Tenemos que convivir todos con nuestras diferencias. Las hegemonías se ganan en la legítima confrontación de opciones. Yo concibo una izquierda actual con hegemonías compartidas, en que ideas de varios sean las que orienten al conjunto. Yo estoy en un empeño que históricamente ha sido muy difícil en Chile, pero que cuando se ha logrado, ha significado grandes avances. La unidad de la izquierda y la búsqueda de acuerdos con otros sectores de centro es lo que ha posibilitado derrotar a la derecha en Chile.

-¿Es lo básico para ser oposición a la derecha y ganarle el gobierno?

-La unidad y la alianza de la izquierda y el centro puede enfrentar y derrotar a la derecha.

-¿Y la histórica alianza comunista-socialistas se puede reactivar?

-La alianza comunista-socialistas, que tuvo un glorioso pasado, hoy no da cuenta por sí sola de lo que es la izquierda en Chile. En nuestra campaña hubo mucha gente que no quiere ser comunista ni socialista. Es un deber político plantearse los cauces y la energía para que se agrupe la izquierda.

-¿Una nueva izquierda?

-Más izquierda. Me resisto a usar la palabra nueva, porque hay una corriente y un partido que lo usan y porque tengo aprecio por la izquierda que hay.

-¿No se cruza con la organización de Marco Enríquez-Ominami?

-Enríquez-Ominami tuvo en la campaña presidencial varias identidades. No sé por cuál orientarme. Quizá la más constante fue cuando se definió como liberal progresista. Si es ésa, no se cruza. Creo que se cruza más con el proyecto progresista (de la Concertación). Hay tres proyectos en curso: el progresismo, el transversalismo, que es la identidad de Marco, y el proyecto de izquierda.

-¿Cómo ve la alianza de la izquierda con la Concertación?

-Hay espacios. La lucha por no privatizar Codelco, tener una nueva Constitución, derogar la Ley de Amnistía, dar espacio natural para buscar alianzas. Para eso hay que tener definido un propio espacio de la izquierda.

-Se publicó un libro donde se plantea la tesis de que se abrió la posibilidad de una alianza más allá de lo electoral entre el PC, la izquierda, y la DC y la Concertación.

-Hemos dado un paso muy importante, que no se aprecia en su real dimensión, al haber elegido tres diputados comunistas, porque no es sólo un tema parlamentario, fue romper una barrera. Eso señala que el veto y la persecución de la que fueron objeto las ideas comunistas no siguen operando, por lo menos con la fuerza que operó antes. Eso es positivo y abre nuevos espacios. Por algo la DC aceptó este acuerdo después de 20 años de haberlo rechazado. Es evidente que hoy hay mayores espacios de entendimiento, pero pienso que sería un error de la izquierda plegarse a una coalición neoconcertacionista. El esquema que tenemos que privilegiar son acuerdos, cuando sea necesario, entre la izquierda y el centro o el progresismo. La izquierda tiene que hacer acuerdos desde su propia identidad y referente.

*Entrevista publicada en *La Nación Domingo*, 28 de febrero de 2010.

LA IRRUPCIÓN DE LA IZQUIERDA *

Chile requiere un giro vital y un giro vital necesita una izquierda que irrumpa.

La elección de 2009 fue una oportunidad. Pesaron en la campaña la carencia de medios de comunicación competitivos y la desigualdad extrema de recursos económicos. Se hicieron sentir la insuficiente participación de organizaciones sociales y expresiones de fragmentación. La candidatura ambigua de Enríquez fue un dispositivo favorable para Piñera y carcomió una mayor proyección de la izquierda. Dos pájaros de un tiro.

¿Podremos irrumpir? La votación presidencial creció un 50%. Fueron electos tres diputados comunistas que superaron a rivales de la Concertación. En la base popular se siguen cursando numerosas iniciativas sociales y culturales, casi siempre acalladas e inconexas. Pero aún no se abre un cauce común que amplíe las fuerzas que aglutinó la presidencial, acredite las discrepancias legítimas y realce las coincidencias que conforman una identidad central.

La izquierda no podrá crecer enfrentada a la izquierda. La falta de realismo o el realismo exagerado, la ausencia de audacia, las desconfianzas, los chauvinismos de grupo, la fraseología revolucionaria sin ideas, el abordaje del “sistema” desde fuera elevado a nivel de principio, o la comodidad de lo establecido y conocido -en el caso de los concertacionistas de ideas socialistas- bloquean una irrupción políticamente indispensable.

Además, el triunfo piñerista pareciera haber estrechado la perspectiva al 2014. Por atrayente que sea la idea de derrotar a la derecha, nadie en la izquierda puede dejar de plantearse un horizonte más largo. Si la izquierda no lo sostiene, nadie lo hará. Por eso hay que preguntarse si una eventual derrota de la derecha el 2014 inicia una etapa nueva o nos retrotrae al juego consabido: la “alternancia” entre dos fuerzas que no cuestionan el modelo económico y que conviven en un modelo político que reparte con equidad binominal las butacas parlamentarias y las alcaldías. El “progresismo”, plástico y maleable, será otra vez funcional a la derecha o, en el mejor de los casos, logrará sustituir a la Concertación.

Irrupción política, social y cultural. Un movimiento amplio que demande una nueva Constitución y logre con su lucha transformar el escenario conservador en que se desarrolla la política, un vigoroso despliegue de iniciativas concretas de lucha y un caudal de votos significativo en las municipales, configurarían una izquierda incidente, a veces decisiva. Para lograrlo se precisa reunir a la izquierda con larga y noble raigambre popular y a aquella emergente, valiosa y creativa, aunque dispersa y variada. Viejos allendistas leales a su historia, luchadores de los ochenta activos o reactivados y una nueva estirpe de jóvenes de este siglo, que pienso que viene brava y lúcida, podrían hacer la tarea.

¿Será sólo un sueño? Sí, puede ser. En mi caso, sueño a la Gramsci, con “optimismo de la voluntad y pesimismo de la inteligencia”.

*Columna publicada en *Diario UNO*, 20 de junio de 2010.

CONSOLIDAR MÁS IZQUIERDA *

Treinta y tres mineros y sus familias han sido víctimas de la codicia de sus empleadores y de la inepticia de un Estado impotente.

Treinta y un mapuches están en huelga de hambre para exigir un proceso justo y rechazar la aberrante aplicación de la ley Antiterrorista, el doble procesamiento civil y militar, y los testigos sin rostro. La violación de sus derechos sirve a fuerzas depredadoras que quieren apropiarse de sus tierras para favorecer explotaciones mineras, energéticas o madereras.

El gobierno insistirá en un proyecto de royalty minero que había retirado. Las grandes compañías no están contentas con la apertura de un debate nacional sin la compensación que ansían: extender la garantía de invariabilidad tributaria. Quieren comprar barato la certeza de no pagar más impuestos en el futuro.

Un proyecto de ley gubernamental amplía las atribuciones del SERNAC para fiscalizar las instituciones financieras que ordeñan a los chilenos que utilizan el dinero plástico y sus opciones de crédito, pero no arbitra medidas para rebajar la tasa de interés aplicable a sus deudas.

El acontecer nacional reafirma que el funcionamiento de la economía chilena se ha fundado en mecanismos indignos, como la desprotección de los trabajadores, la explotación del consumidor y el abuso sostenido de los recursos naturales. Hay que pensar otro Chile, distinto al de la derecha, sus economistas y políticos. Del actual gobierno es posible esperar nada más que propuestas que aceiten los engranajes del modelo o que lo profundicen. La Dirección del Trabajo, por ejemplo, ha suprimido el principal

programa fiscalizador y su directora anuncia una fiscalización más pedagógica que punitiva.

Muchos socialistas, radicales, ppdes o socialcristianos pueden contribuir a la generación de una alternativa más humana, fundada en criterios de justicia social e igualdad. Sin embargo, la pertinaz negativa de la Concertación a examinar las causas de su propia erosión y su apego a una postura autoalabanciosa, limita su potencialidad crítica. Las trabas impuestas por el pinochetismo y la derecha económica a partir de 1990 no tuvieron una respuesta política poderosa y la Concertación terminó acomodándose a ellas y aceptando los límites impuestos. No recurrió a la ciudadanía, no la movilizó y la autocomplacencia se impuso largamente a la autocrítica. Por eso los fiscalizadores laborales son pocos, la ley Antiterrorista se aplicó a dirigentes mapuches en gobiernos de la Concertación, las regulaciones ambientales fueron débiles y cómplices de los depredadores, y la invariabilidad tributaria para las grandes mineras se negoció, a cambio de un impuesto modesto, durante el período concertacionista. En ese mismo tiempo los bancos obtuvieron suculentas ganancias y nada se hizo para poner término a la fiesta usurera. En fin, hasta hoy, sólo balbuceos o disidencias surgen de una coalición que se piensa eterna, que perdió su espíritu inicial y que subsiste para asegurar alcaldes y parlamentarios binominales, y sostener su aspiración (legítima) a restablecerse en el gobierno que perdió recientemente. La revancha frente a la derecha el 2014 es sentido común e instinto popular. Pero no hay que permitir que sirva de coartada a la Concertación para evitar un debate interno de fondo y seguir adelante como

protagonista del juego de la “alternancia” en un Chile eternamente “binominalizado”.

La izquierda, por su parte, no debe sacrificar su identidad y proyecto en aras del pragmatismo. Su tronco mayoritario elaboró un Programa de largo aliento en la Asamblea Nacional de Izquierda de abril de 2009, que es una guía de acción que debe ser constantemente enriquecida. Sólo desde la izquierda, aún con sus debilidades, se proyecta un país distinto. Por eso es preciso consolidar fuerzas y reafirmar identidad y proyecto, y desde el espacio propio demandar a otros actores de centro izquierda una revisión y redefinición de posiciones que permitan establecer lazos constructivos.

Se inicia un tiempo de debate. Los Congresos del Partido Comunista y de la Izquierda Cristiana, recién convocados, y las definiciones que comienzan a adoptar otros grupos en vías de asociación, pueden dar un nuevo impulso para construir sociedad movilizadora y, como lo anunciamos repetidamente durante la campaña de 2009, configurar una izquierda amplia, diversa, innovadora, orgullosa de su historia y con mirada al futuro.

Seguiré fiel a ese compromiso.

*Columna publicada en *Punto Final* 716, 20 de agosto de 2010 y reproducida en los medios digitales *Le Monde Diplomatique*, *Clarín*, *Portal del Socialismo* y *El Ciudadano*, entre otros.

“Para convivir en la diversidad, la izquierda deberá ser una fuerza, un vector, una liga, un encuentro, un frente, un movimiento, como quiera llamársele, que agrupe a los organizados, ofrezca un cauce a los dispersos y despierte a los dormidos”.

“Nuestro mayor aporte para cambiar Chile es constituir una izquierda más fuerte. Un Chile con una izquierda potente, influyente, que incida, que se movilice sin cesar, sería otro Chile”.

“La izquierda no podrá crecer enfrentada a la izquierda.

La falta de realismo o el realismo exagerado, la ausencia de audacia, las desconfianzas, los chauvinismos de grupo, la fraseología revolucionaria sin ideas, el abordaje del “sistema” desde fuera elevado a nivel de principio, o la comodidad de lo establecido y conocido -en el caso de los concertacionistas de ideas socialistas- bloquean una irrupción políticamente indispensable”.